

LA RESPONSABILIDAD DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS DENTRO DE LA SOCIEDAD*

Segundo Montes

Ubicación sociológica del universitario

Quisiera partir de la ubicación del universitario en la estructura social. Cuando hablo del "universitario", me refiero primariamente al estudiante que se está formando profesionalmente en la universidad, en cualquiera de sus niveles; en segundo lugar, y en forma derivada, a los académicos que han hecho de la vida universitaria su profesión, por la responsabilidad que les compete en la formación de los primeros, y en la planificación u orientación de la investigación y de la proyección social. Al hablar de los universitarios, por consiguiente, me dirijo en forma directa y expresa a los estudiantes, y derivadamente a los aca-

démicos, en la parte que les compete.

En este país anfitrión, como en cualquier otro del mundo, el universitario, el intelectual presente o en formación, pertenece a una élite social, lo que le ubica en una determinada posición dentro de la pirámide estructural de la sociedad, y le confiere un status y un poder privilegiados y privilegiantes. En efecto, la pirámide educativa, cualquiera que sea la relación entre la base y la altura, para cada sociedad, es tanto más estrecha cuanto más se aproxima a los niveles educativos superiores, lo que no es fortuito ni fruto de un voluntarismo pasivo, sino consecuencia de las condiciones socioeconómicas de la familia de la que proviene y de su ubicación previa en la sociedad, para la inmensa mayoría de los casos. Sin embargo, el universitario, el intelectual, en cuanto tales —prescindiendo de elemen-

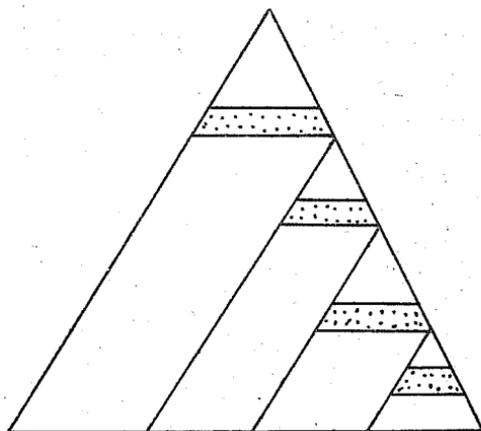
* Ponencia leída en el CONGRESO INAUGURAL DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS: Los Angeles, Calif. (USA), 18 de agosto 1985.

tos ajenos, que los tengan ya ubicados entre las élites del poder, y que temporalmente pasen por la universidad para capacitarse—, no pertenecen a la cúpula del poder. El estudio de C. Wright Mills sobre "la élite del poder" claramente los excluye de las capas más altas, si bien algunos se reincorporan a ellas —de las que provenían— después de la universidad, y otros alcanzan cuotas significativas de poder por su capacidad de decisión empresarial, aunque subordinados siempre a una cúpula superior. Para Antonio Gramsci siempre serán "intelectuales orgánicos", es decir, clases auxiliares, creadoras y reproductoras de la hegemonía; indispensables, pero subordinadas a las clases dominantes.

El profesional surgido de la universidad automáticamente adquiere un relevante status social, que muchas veces le abre las puertas para otras posibilidades, y participa en una cuota importante de poder dentro de la sociedad. La tendencia,

sin embargo, va en la dirección de que cuanto más desarrollada y tecnificada sea una sociedad, tanto menor es el poder asignado a la "clase intelectual", y esta categoría se convierte en una necesidad para desempeñar cualquier trabajo moderno, una especie de formación básica indispensable en el mundo actual; mientras que en las sociedades más atrasadas todavía el ser "intelectual" es una llave muchas veces para acceder a la cúpula o a sus proximidades.

Todavía desearía agregar un elemento estructural adicional. Partiendo de que el subdesarrollo es integral —no sólo económico, sino al mismo tiempo social, político, militar, intelectual, ...,— así como las consecuencias de la dependencia, encuentro una semejanza subordinada entre la posición relativa de los "intelectuales" y las de sus sociedades y comunidades respecto a las demás, como se puede apreciar en la siguiente figura.



La "capa intelectual" (punteada en la figura) es semejante, pero inferior y subordinada, a medida que descendemos de los países hegemónicos, a los desarrollados, a las zonas metropolitanas de los países subdesarrollados, o a las poblaciones del interior de los mismos. Los "intelectuales" de los diversos niveles ordinariamente sufren las consecuencias de la subordinación, dependencia y subdesarrollo respecto a los de los niveles superiores. La categoría, pues, de "intelectual" no es unívoca para todas las sociedades y realidades concretas.

el universitario en su entorno y realidad social.

El universitario, o ya es un intelectual, o se está preparando para serlo; para ubicarse en el puesto que la sociedad le asigna; para asumir la responsabilidad que lo enfrenta ahora o en el futuro. Mientras se es universitario se tiene el privilegio de ser idealista, antes de convertirse en pragmático por la imposición de la realidad social. Aprovechemos esta coyuntura transitoria para reflexionar ideal-realísticamente sobre su papel.

Para ello conviene desideologizar el discurso y acercarse lo más objetivamente posible a la realidad. Las ideologías no sólo no han muerto, sino que encubren toda la realidad. Conviene despolitizar la vida universitaria —en lo que de peyorativo tiene el término de politización—, para alcanzar una sana, verdadera y auténtica politización de la vida, también en su dimensión universitaria. Nada en la vida social está al margen de la política. Todo

nuestro actuar tiene proyección política. Lo importante es tener una correcta concepción política, que aplique nuestros esfuerzos al beneficio de la colectividad, especialmente de las mayorías, y no a favor de una minoría ya demasiado privilegiada. Nada en la vida es neutro. No existe la neutralidad. Aquí de nada sirven los voluntarismos. Los intelectuales y científicos pueden pretender, subjetiva o intencionalmente, agazaparse en la neutralidad; el sistema trasciende su voluntad ética. Una importante escuela sostiene la objetividad como base de la ciencia; la realidad parece desmentir tal hipótesis. El sistema tiene capacidad para subordinar, cooptar, someter o instrumentalizar el conocimiento y los intelectuales. El conocimiento es un poder —una cuota del poder social—. La pregunta es a qué se aplica, al servicio de qué se pone ese conocimiento, esa cuota de poder: a favor del sistema, contra el sistema, o para crear un nuevo sistema. En ninguno de los casos es neutral.

Nuestra generación ha completado y perfeccionado la tarea de las anteriores en estructurar un mundo irracional e injusto. Es irracional un mundo obsesionado por la productividad, las utilidades, el superconsumo de bienes superfluos, en vez de la producción y distribución de los bienes básicos para las necesidades primarias de toda la humanidad, cuando las grandes mayorías del mundo carecen de los medios indispensables para conservar la vida. Es irracional el acumular excedentes, stocks de saturación, materias primas y energéticos, que exceden los requerimientos de las vacilaciones y carencias cí-

clicas, para especular con los precios o monopolizar los mercados. Es irracional destruir alimentos y bienes primarios, para sostener los precios, mientras grandes mayorías en el mundo se mueren de hambre y desnutrición. Es irracional dedicar ingentes recursos a la destrucción y a la muerte, dinamizar la economía con la industria de la guerra —el gasto militar anual en todo el mundo se eleva ya al millón de millones de dólares—, cuando es la vida lo que debería concentrar los esfuerzos de la humanidad. Es irracional caminar por el espacio, cuando en gran parte de la tierra se carece de caminos transitables, o se corre el riesgo de perder la vida en la calle, en el campo, en la propia casa, por lo que millones de seres humanos van engrosando día a día las multitudes de refugiados y desplazados por el terror —sólo en México y Centroamérica había oficialmente en mayo de 1984 más de un millón de desplazados y casi 400,000 refugiados centroamericanos (de poco más de 20 millones de habitantes), a los que hay que añadir otro medio millón, sólo de salvadoreños, refugiados en los Estados Unidos—. Es irracional una tal sofisticación de la ciencia y la pedagogía, cuando en la mayor parte del mundo predomina el analfabetismo, la carencia de escuelas, maestros y material didáctico indispensable. Es irracional, en fin, un mundo configurado con tales diferencias.

Es irracional, pero al mismo tiempo es injusto, desde una perspectiva global, mundial, racional y ética. Desterradas ya teóricamente las ideologías racistas, falta mucho para conformar una sociedad, a nivel mundial, en la que todos los

hombres sean prácticamente iguales. Y es tanto más injusto, si el desarrollo y la prosperidad de una minoría mundial —o local— se construye a costa del atraso y miseria de las mayorías de la humanidad. La división internacional del trabajo, del mercado, de las finanzas, de la tecnología; la asignación al Tercer Mundo de ser productores de materias primas y de fuerza de trabajo no cualificado, o de productos manufacturados en las fases inferiores de la tecnología y del capital, unida a la presión por consumir bienes de alta tecnología, está profundizando la brecha que los separa del mundo desarrollado, al tiempo que los postra en una situación irrecuperable, como se está viendo con el problema del pago de la deuda externa para América Latina (360.000 millones de dólares), que se ha vuelto insoluble, y lo más que se podrá hacer es prolongar su agonía por el refinanciamiento.

El universitario debe ser universitario.

No me refiero aquí a una etapa transitoria de la vida, que no debe perpetuarse para rehuir la responsabilidad de la integración potenciadora a la sociedad. Me refiero a la categoría social que implica el ser universitario: en primer lugar, para los estudiantes, pero también, y con mayor responsabilidad aún, para los académicos. La palabra "universitas", que ha dado origen a la realidad secular de las universidades —no de los "tecnológicos"— encierra un contenido humano sumamente rico: es la universalidad de la realidad, que ha de ser buscada desde diversas perspectivas en

un intercambio enriquecedor y dialogante. La ciencia, la técnica, son ciertamente importantes e indispensables en el mundo moderno, son un objeto fundamental del conocimiento humano; pero no son las únicas vías —tal vez ni las más importantes— para acercarse a la compleja realidad social. La presión social, la exigencia de conocimientos y de dominio de técnicas, la preocupación de abrirse paso en un saturado y competitivo mercado de trabajo, van cerrando horizontes, van dejando de lado conocimientos y experiencias que se consideran "secundarios", van robotizando y despersonalizando al estudiante, que deja de ser un intelectual para conformarse con ser especialista. Sobran perspectivas puntuales y en profundidad, pero escasean cada vez más las visiones globales y complexivas. Sobran las especializaciones aisladas y aislantes, y falta la visión interdisciplinaria y de la totalidad. Sobran los tecnólogos, pero faltan universitarios. Abundan los científicos, pero se corre el peligro de que progresivamente disminuyan las "personas".

El universitario, mientras está libre de los estrangulamientos que le impone la exigente y dura sociedad en que se va a incorporar, debería mantenerse universitario, exigir el desarrollo de todos los aspectos que conforman su personalidad y la realidad social, ejercer la libertad de ser hombres, de ser persona. No es que deba despreciar y abandonar el conocimiento científico y su capacitación técnica, pero no puede restringir sus horizontes a esa estrecha dimensión, sino que debe ampliarlos, mientras le es todavía posible, para enriquecerlos

con perspectivas humanísticas y sociales. Pero, sobre todo, ha de permear toda su formación con un fuerte componente ético, desde la dimensión social de la totalidad, desde la profundidad del análisis de la realidad objetiva y pluridimensional. Es decir, imbuir su formación, su personalidad, de una correcta dimensión ético-política, si quiere responder a la responsabilidad que le retará en la sociedad humana del futuro, para no profundizar los errores del presente y pasado, sino avanzar en la humanización del mañana y en la construcción de una sociedad nueva.

Algunos interrogantes para el universitario

Ante tales perspectivas, el estudiante universitario —y a otro nivel al académico— se le abren muchos y profundos interrogantes: formarse en qué, formarse para qué, prepararse para ponerse al servicio de qué, o para ser instrumento de qué. Es el tiempo de los idealismos, de las dudas, de las preguntas, de las opciones trascendentales; al salir de la universidad será la hora de las respuestas, de los pragmatismos, de los viajes sin retorno. De momento se puede cuestionar qué estudiar, qué investigar, qué rumbo tomar en el campo del conocimiento; luego no quedará tiempo para dudar, será la hora de la praxis, de la aplicación de las habilidades adquiridas en la universidad y profundizadas en el ejercicio de la profesión especializada. Pero es conveniente recordar lo apuntado anteriormente: el intelectual no conforma la cúpula del poder, sino que es una clase auxiliar, participa en una

cuota de poder social, bajo la subordinación a las clases dominantes. Entonces, las preguntas adquieren una importancia existencial, y las respuestas del universitario serán el indicador de cuál es su grado de libertad, de compromiso con la humanidad, de su responsabilidad como persona.

Max Weber, antes de realizar su investigación para establecer la relación existente entre "La ética protestante y el espíritu del capitalismo", constataba que los calvinistas se destacaban por los estudios técnico-científicos y las profesiones productivas, mientras que las demás religiones cristianas, principalmente la católica, sobresalían por las humanísticas y señoriales. El encontró una correlación entre este hecho y la interpretación teológica, ética y moral-económica de cada una de las religiones, a lo que atribuiría un adecuado "caldo de cultivo" para el "espíritu del capitalismo" y para el desarrollo tecnológico en las naciones y grupos religiosos que adoptaron el calvinismo. Acepta, sin embargo, que puede haber condicionantes socio-económico-políticos que llevaron precisamente a esos grupos a optar por el calvinismo.

Posiblemente el calvinismo se convirtió en el elemento ideológico-contestatorio de los grupos capitalistas emergentes dentro de una sociedad aristocrática que les cerraba las puertas del ascenso social. Pero han transcurrido ya largos años desde el surgimiento del calvinismo y de la revolución industrial, y para el capitalismo, ya con carta de ciudadanía y como estructura social dominante en gran parte del mundo, "el estuche ha quedado vacío de

espíritu, quién sabe si definitivamente. En todo caso, el capitalismo victorioso no necesita ya de este apoyo religioso, puesto que descansa en fundamentos mecánicos". En los países y grupos católicos —o de cualquier otra religión— el capitalismo se ha impuesto con fuerza cada vez más hegemónica, el trabajo ya no es visto más como castigo divino, sino como instrumento de realización y como vocación o derecho; el préstamo a interés ha sido aceptado universalmente; la preocupación por la salvación o predestinación ha pasado a un lugar secundario frente a la obsesión por la dominación y disfrute del mundo o la construcción de una nueva sociedad en la tierra.

No por el hecho de no profesar el calvinismo, por consiguiente, voy a insistir en la primacía de las ciencias sociales y de las humanidades, sino por razones más comprobables, como ya he ido indicando. Por lo que se refiere al Tercer Mundo, sería ingenuo pretender competir en la investigación de punta en el campo científico positivo y tecnológico; ni hay recursos financieros, ni tecnológicos, ni humanos suficientemente capacitados, ni tiempo; —incluso muchos de los países "desarrollados" tienen que resignarse a jugar un papel secundario en la investigación tecnológica, o aliarse para no quedar tan rezagados—. Esto de ninguna manera significa una renuncia total al mundo de la ciencia, pero obliga a un realismo, que tendrá que conformarse con aprender las técnicas para utilizar los inventos y adelantos aplicados por las naciones pioneras, o a emigrar hacia ellas para encontrar los medios indispensables

de aplicar sus talentos a la investigación y al ejercicio de la profesión. Cualquiera de las dos alternativas profundiza y ensancha cada vez más la separación entre los centros hegemónicos y el resto de las naciones. Hay de momento, un campo del conocimiento en el que todavía el Tercer Mundo puede ser competitivo del Primero: las humanidades y las ciencias sociales, si se dedican recursos y se implementan técnicas propias, no trasplantadas; y la invención o adopción de tecnologías apropiadas, menos absorbentes de capital y más consumidoras de fuerza de trabajo, que es la gran riqueza de los pobres, y uno de los principales vehículos de realización para la humanidad.

Pero incluso en el Primer Mundo, y en los países punta, el desequilibrio es notable. Mientras las ciencias positivas y la tecnología han logrado un maravilloso desarrollo, las ciencias sociales son casi embrionarias, o se encuentran postradas en el subdesarrollo científico, al tiempo que las humanidades van perdiendo terreno cuantitativo y cualitativo. No es que haya que abandonar la investigación, renunciar al avance y al conocimiento de la materia y la energía; pero hay algo aún más importante que eso, y es el hombre, la sociedad, el espíritu. No es racional que se destinen tantos recursos humanos y económicos a la ciencia positiva y a la tecnología, y tan escasos a las humanidades, a las ciencias sociales y políticas. La presión está desbalanceada desmesuradamente hacia las primeras, en contra de las segundas. Proporcionalmente, hay demasiados científicos positivos y técnicos, y demasiado pocos científicos sociales y políticos, humanistas. De seguir así, vamos hacia un mundo —al menos en los países desarrolla-

dos, en el Tercer Mundo es distinto— mecanizado, computarizado, programado, masificado, en el que se va perdiendo la conciencia individual, social y colectiva, en que se eclipsan los valores más humanos heredados de las culturas que nos han precedido; un mundo despersonalizado, deshumanizado, desocializado. Es cierto, hay que renunciar a muchas cosas del pasado, y no aferrarse a ellas, para avanzar y humanizar al mundo y a la sociedad; pero lo que hoy está en duda es si el mundo que estamos construyendo es un avance, o si estamos perdiendo el rumbo, las perspectivas, y estructurándolo en contra de la persona y de la humanidad.

Apunte final

Creo que ha sido un gran atrevimiento, de mi parte, el presentarme ante ustedes y el haber ofrecido estas reflexiones; pero no podía hacerlo de otro modo ni expresarme contra mis ideas y mis sentimientos más profundos. Sé que todo esto significa nadar contra la corriente, que es extremadamente fuerte; ojalá que no sea bregar contra la historia. Estoy convencido de que los jóvenes tienen suficiente idealismo y capacidad de innovación como para cuestionar los procesos e intentar cambiarlos de rumbo; que los intelectuales son los llamados a analizar y entender la realidad objetiva, a dedicar esa cuota de poder que la sociedad les ha confiado para cambiar el curso de la historia e iluminar nuevos derroteros más sociales y más humanos. Es preciso proyectar en el horizonte las utopías, si queremos encontrar, o construir, nuevas rutas para el mañana de la humanidad.